

CARMEN ARRIAGADA, ROMANTICISMO, ANGUSTIA
Y CORRESPONDENCIA

1. LA CORRESPONDENCIA COMO NECESIDAD ÍNTIMA

Cuando alguien se interna en el estudio de un personaje o situación anterior a la mitad del siglo XX, se encuentra casi inevitablemente con la veta riquísima de la correspondencia. Correspondencia, en primer lugar, copiosa y extensa; innumerables casos nos muestran cuán importante en la jornada cotidiana, era la lectura y —más todavía— la escritura de cartas. Y no me refiero a figuras políticas, intelectuales o literarias que se caracterizaron por hacer de la forma epistolar su estilo de comunicar, más o menos públicamente, sus ideas o emiciones, como Voltaire, por ejemplo, sino seres de todo tipo, personas que, famosas o no, no pretendían hacer públicas sus ideas a través de cartas, sino simplemente comunicarse con alguien acerca de cualquier tópico. Correspondencia privada. Entre esta última, creo especialmente iluminadoras para comprender caracteres, épocas y problemas, las cartas íntimas, enviadas a seres queridos con los cuales se tiene gran confianza, o se cree tenerla. En este grupo caben las famosas cartas de la Monja Mariana de Alcoforado a su insignificante amante francés, las de Vincent van Gogh a su hermano Theo, de León Bloy a su novia, de María Antonieta a Fersen, incluso las de Mme. de Sevigné a su hija, a las cuales volveremos a referirnos.

Correspondencia íntima, importante en cuanto actividad cotidiana en muchos casos, y siempre una expresión libre, sincera y reflexiva de lo subjetivo. Y esto era así porque el remitente tenía la convicción que nadie sino el destinatario, conocería sus palabras (el secreto de la correspondencia es una antigua costumbre, que fue sacralizada y hecha parte de la legislación ya en el mundo antiguo); pero además porque frente a una hoja de papel en blanco se reflexiona mucho más libremente y también más profundamente que en una comunicación personal, siempre distorsionada por múltiples temores, ansias, dobleces emotivos y realizada "en el acto", muy rápidamente. La carta permite

darse tiempo, hacer pausas de reflexión, imposible en un contacto cara a cara. Como dice un proverbio español, "el papel no se pone colorado". Se sabe incluso del caso de una tal miss K. L. Francis que se iba a encerrar a un pequeño hotel suizo, con el único propósito de escribir y recibir cartas como terapia existencial con fuertes rasgos psicoanalíticos.¹

Es por esto que encontramos en las cartas íntimas verdaderas pinturas quintaesenciales del alma humana, a veces muestras de genio, a veces de miseria, a veces escenarios pavorosos como el que nos muestra la célebre carta de Kafka a su padre.

Pero, reduciendo más nuestro campo de interés, vemos que entre estas cartas privadas, muchas, por la lejanía entre los correspondientes que lo hacía posible, y por su carácter extremadamente subjetivo, están marcadas por rasgos imaginativos y por la ilusión. Se escribe imaginando la reacción de una persona distante al tomar conocimiento de acontecimientos, ideas o sentimientos que se comunicaban desde una perspectiva personal con el propósito de provocar, precisamente, esa reacción que se imaginaba y se deseaba. Tenemos muchos ejemplos de estas correspondencias privadas fuertemente marcadas por la imaginación y la ilusión (algo que, por lo demás, está, en mayor o menor medida, presente en toda correspondencia privada). Es el caso —ni más ni menos— de Mme. de Sevigné, quien trató en sus famosas misivas de asegurar el amor de su hija lejana, provocando en ella ternura y admiración. Es el caso también de un personaje literario, posiblemente inspirado por la propia señora de Sevigné, pero con mucho de genuina creación y, en todo caso, brillantemente tipificado; me refiero a la Marquesa de Montemayor, personaje de Thornton Wilder en su libro *El puente de San Luis Rey*. Un ser para el cual el contacto epistolar se transforma en el sentido y principal actividad de su vida.

Ahora bien, tanto en Mme. de Sevigné como en la Marquesa de Montemayor encontramos esa correspondencia marcada por la imaginación y la ilusión de conseguir un efecto en el destinatario que es su objeto de amor. De allí que esa correspondencia sea fundamentalmente unilateral, ya que responde, verdaderamente, a una necesidad espiritual del remitente que ha hecho de ella su forma principal, casi única, de dar y recibir —o imaginar recibir— amor.² La necesidad de amor crea

¹ Pedro Salinas: *El defensor*, Madrid, 1954.

² Sainte-Beuve ya hacía notar este carácter de "necesidad" en la correspondencia de Mme. de Sevigné. Sainte-Beuve: Prólogo a Mme. de Sevigné: *Cartas escogidas*, París, 1888, p. VII.

la necesidad de la correspondencia..., sin embargo, son las características mismas del intercambio epistolar las que hacen posible toda la situación. Vale decir, la lejanía entre los correspondientes y los lapsos de tiempo entre carta y carta que permiten al remitente imaginar e ilusionarse con la reacción del ser querido y requerido. La correspondencia epistolar y sus normas permiten soñar con la correspondencia amorosa, situación que, probablemente, no podría darse de existir un contacto personal.

2. CARMEN ARRIAGADA

Creo que la correspondencia-necesidad fue una situación bastante frecuente. Ciertamente encontramos casos en Chile; éste es el tema de este ensayo.

Quiero referirme en él a una figura hoy bien conocida de nuestra historia; al "gran amor de Rugendas" cuya vida y sentimientos nos fueron relatados hace poco por Oscar Pinochet de la Barra: Doña Carmen Arriagada.³ El libro de Pinochet está construido en base a las cartas que Carmen enviara a su casi siempre lejano amor. Las misivas conservadas por Rugendas y después por sus herederos fueron reproducidas y enviadas (las reproducciones) por uno de éstos a Guillermo Feliú Cruz al comienzo de los años 1960.

Para quien lea a Pinochet, queda claro que Carmen y también por cierto su enamorado Mauricio Rugendas, eran románticos en un grado superlativo aun cuando, al parecer, más ella que él. Carmen Arriagada lo confiesa en repetidas ocasiones. "Siempre he sido muy inclinada a lo romanesco" afirma en carta de 24 de abril de 1837. No contamos con las cartas respuestas de Rugendas, que fueron quemadas casi en su totalidad, pero es el comportamiento de éste lo que nos induce a pensar que su romanticismo era de menor intensidad que el de su pareja.

Es así que esta relación, si pretende ser comprendida en el presente, debe antes que nada ser enmarcada en el romanticismo de la época, pero hay más.

³ Oscar Pinochet de la Barra: *El gran amor de Rugendas*, Santiago, 1984.

Hay dos artículos anteriores sobre doña Carmen Arriagada, ambos aparecidos en el Boletín de la Academia de la Historia. El primero de Luis de Amesti (Nº 51, 1954) es un estudio genealógico. El segundo, de Carlos Keller (Nº 59, 1958) contiene agudas observaciones sobre la personalidad de doña Carmen.

Los amores románticos son hermosos de relatar, como hermoso es el libro de Oscar Pinochet a que nos referimos, retrato del corazón de una sensible y bella criolla de la Talca del XIX. Sin embargo nos dejó la impresión de que rasgando el velo romántico se puede, a partir de las mismas cartas, realizar un análisis más matizado de la personalidad de Carmen Arriagada, penetrar en su espíritu —tal como puede hacerlo un lego en sicología, vale decir sin definir ni teorizar— y descubrir a la persona bajo los afeites de su bello amor romántico; conocer la naturaleza de éste y llegar a conclusiones quizá ni tan hermosas ni tan halagüeñas para Carmen Arriagada y Mauricio Rugendas, pero más ajustadas históricamente. Quiero dejar esto muy en claro: no quiero decir que la correspondencia entre Carmen Arriagada y Mauricio Rugendas no respondiese a los impulsos de la cultura romántica de la época; y quizás, más concretamente, a la imitación de autores literarios que conocieran y admiraran. Pero creo que bajo este motivo había otro más profundo, más propio del alma humana en toda época o lugar, la lucha contra la soledad, la que en el caso de Carmen, al menos, tenía indudables características angustiantes.

3. LA SOLEDAD DE CARMEN

¿Quién fue Carmen Arriagada? Nacida en Chillán, en 1808, era hija de un notable de la zona. Su padre, amigo de Juan Martínez de Rozas y de Bernardo O'Higgins, era de idea independentistas y modernizantes (como lo sería su hija). En los inicios de las luchas de la Independencia sería apresado por algunos meses, y el año 1811 elegido diputado al Primer Congreso Nacional.

¿Cómo vivió Carmen Arriagada su niñez? Poco sabemos. Pero dentro de esta escasez de información nos llaman la atención las ausencias de su padre, perseguido o radicado en Santiago para cumplir con sus deberes de diputado antes de 1814. Es posible que durante la Reconquista debiera también ausentarse de su hogar durante largo tiempo; porque su ardor patriótico jamás lo perdió. A partir de 1817, en calidad de oficial de milicias, le tocó participar en las últimas campañas de la Guerra de la Independencia y después en la lucha y persecución de bandas de guerrilleros y bandidos realistas, llegando a constituirse en una leyenda. "Teniente Coronel de Milicias —nos cuenta Pinochet citando a un contemporáneo, Ramón Navarrete— 'rico, fastuoso, dueño de considerables tierras y ganados; nadie tenía en el ejército mejores caballos y monturas mejor enjaezadas, armas mejor cantoneadas de

oro y plata'. Se comprende que los soldados lo llamaran 'el siete pistolas'. Fue, además, Gobernador de Chillán, uno de los redactores de la Constitución de 1822, e íntimo de Bernardo O'Higgins.

Como afirma Pinochet, es seguro que "Carmen Arriagada crece en la admiración de un padre importante. Son jornadas trascendentales que ella no olvida. Sin duda heredará el carácter apasionado de su progenitor".^{3 bis} Pero también —podemos pensar— junto a la admiración ciega, existió un sentimiento de ausencia del padre admirado. Puede haberle sucedido también —como a muchos hijos de "padres públicos"— que haya vivido una niñez muy marcada por ese ser gigantesco ante sus ojos de niña. En carta a Rugendas el 16 de agosto de 1838 le confesaría: "Desde que pude pensar busqué siempre un corazón que supiese responder al mío; la *necesidad de amar*⁴ a un objeto *digno* y ser amada de él me atormentaba desde luego, y buscándolo qué de errores no he cometido, qué de engaños no he sufrido".

También ha de haberse criado Carmen con una confianza inconsciente en que la vida le deparaba el mejor de los destinos. Algo natural en la hija de un héroe, en una época romántica y turbulenta. En 1842, cuando el naufragio de su amor con Rugendas —y de su vida— le parecía inminente, volvía a recordar su niñez: "Ah, cuando mi maldita situación me obliga a echar una mirada al principio de mi vida y veo a mis padres sonriendo al porvenir de su hija favorita rodeándola de halagos y cariños y fijando con dulzura su mirada en esta cabeza que se desarrollaba precoz" (carta del 1º de julio de 1842).

Regalona, bella, ya solitaria quizá, y romántica, Carmen Arriagada se enamoró más de una vez durante su adolescencia para concluir casándose a los 17 años con uno de esos jóvenes oficiales europeos —prusiano en este caso— que sin trabajo, una vez concluidas las guerras napoleónicas, llegaron hasta Chile a engrosar la causa patriota. Su nombre: Eduardo Gutike.

Gutike, de 28 años, ha de haber parecido una figura rutilante ante los ojos de la criolla. Su leyenda europea (había sido condecorado dos veces por el Zar de Rusia), su estampa elegante (como lo muestra el retrato que le hiciera Rugendas en 1842, cuando tenía 45 años), el hecho de ser hijo de un Consejero de la Corte de Apelaciones de Berlín y católico, sin duda hicieron pensar a Carmencita que había encontrado a un "objeto digno", a un ser a quien amar y ser amada por él. Culmi-

^{3 bis} Op cit., p. 23.

⁴ El subrayado es nuestro.

nación y éxtasis; su vida se abría como un horizonte infinito... No era ésta sin embargo la opinión de su padre, que se opuso a la boda.

Pero la joven, regalona y empecinada, con la fuerza que da el amor (y vaya fuerza que tenía en ella), se impuso sobre la voluntad paterna. El matrimonio se realizó en agosto de 1825.

Nada sabemos de Carmen Arriagada durante los primeros años de su enlace. Pero en 1830, a raíz de la batalla de Lircay y la sumisión del ejército al poder civil, Gutike debió dejar el uniforme y partir —a ganarse la vida— a la zona de Linares donde el padre de Carmen, que había de morir en 1831, les cedió cuantiosos bienes.

De no haber venido el desencanto antes, fue ahora que se acabó para la joven esposa su sueño romántico. Ya no le quedaba ni siquiera la vida excitante de Santiago y las esferas del poder, que siempre le preocuparían. Su esposo —que había llegado a ser consejero del Director Supremo Francisco Antonio Pinto— se vio convertido ahora, civil y cojo a raíz de una de sus campañas, en un “huaso” alemán, que no tenía aptitudes para el oficio de agricultor y que era presa de frecuentes engaños.

El tedio y la desilusión de la ardiente Carmen ante el nuevo rol que le asignaba la vida podemos imaginármolos⁵. Tedio, vacío y... angustia. Tanto mayor, cuando a diferencia de la gran mayoría de las jóvenes aristócratas de su época, Carmen, después de varios años de matrimonio, no lograba ser madre. Y este aspecto de su existencia, que muy curiosamente jamás menciona en sus cartas posteriores a Rugendas, puede ser muy importante en toda su conducta futura. La maternidad frustrada, grave problema para toda mujer siempre, ha de haber sido doblemente grande en el Chile rural de los años 1830-40.

Por otra parte Carmen no realizaba trabajo alguno (algo propio también de la época). “Me pregunta Ud. ‘qué hace Ud. en las horas que no duerme’”, escribe Carmen a Rugendas en carta del 25 de junio de 1836 y responde: “Ay, no hago nada de ellas”.

También vivía una relativa estrechez económica de la cual se quejaba frecuentemente, lo que no le impedía contar con numerosas criadas⁶ que se preocupaban de todo quehacer doméstico y de los caprichos de su ama.

En suma, creemos que la vida de Carmen en Linares y después en Talca, a partir de 1831, la hizo caer en un estado depresivo que de

⁵ Carta del 13 de enero de 1840.

⁶ Carta del 30 de marzo de 1839.

nuevo la hizo soñar, ahora desesperadamente, "con algo digno de ser amado" y de quien recibir amor; y quien pudiese desempeñar ese rol no era Gutike, con el cual había cometido, casándose, uno de los muchos errores a los que —hemos visto más arriba— hacía referencia.

Los largos inviernos del sur en los años de 1830 han de haber sido para Carmen Arriagada un verdadero martirio de tedio, frío, aislamiento y depresión.

Pero ocasionales visitas santiaguinas, que traían el eco de los salones capitalinos, así como algunos viajes a la capital, venían a mitigar la espantosa monotonía. Fue así que en noviembre de 1835 llegaba hasta el hogar de los Gutike, junto con otros amigos, el pintor alemán Johan Moriz Rugendas.

Durante esa estadía (muy corta por lo demás) Carmen creyó encontrar en el pintor su nuevo objeto de amor y razón de su vida. Ella misma nos lo relata, en carta a Rugendas por cierto⁷: "Vuelta de un error no veía sino seres indiferentes que no me entendían (...) no tenía un amigo y las penas mías necesitaban más que la amistad para ser curadas. Sí, un amigo tenía a mi lado, un hombre que me amaba a su modo de amar" (que parece haber sido bien prusiano), "pero éste era el último a quien podía descubrir mi alma, ¡con todo el derecho de poseerla no supo conservársela y mil veces en los brazos del que me daba repetidas pruebas de su amor lloraba el vacío de mi corazón y mi aislamiento!"; y prosigue: "Tu llegada y la idea de ser tu amiga y de interesarte me hizo sonreír de placer".

¿Se enamoró Carmen de Rugendas? En un comienzo vivió lo que ella define como "una ilusión que todavía no era amor". Sería la correspondencia (y su correlato: la idealización del ser lejano) lo que transformaría esa ilusión en amor. Rugendas se convertiría en el nuevo ideal amoroso de Carmen.

4) LA CORRESPONDENCIA EN LA EXISTENCIA DE CARMEN ARRIAGADA

Rugendas llenó para Carmen Arriagada un vacío existencial desde un punto de vista sustantivo. Vale decir, dio contenido nuevamente a su vida como proyecto, con un sentido y ¿quizá?, un fin. Pero también llenó su vacío existencial desde el punto de vista más contingente. En concreto, el hecho es que a partir de 1835-36 el correo, con su ir

⁷ Carta del 1º de noviembre de 1837.

y venir, se transformó en la preocupación cotidiana de Carmen. Llenó el vacío de su vida diaria. Recordemos que se trataba de una correspondencia amorosa frecuente, clandestina, dolorosamente apasionada... esperada con angustia⁸.

Gutike sabía de esta correspondencia, lo afirma Carmen en numerosas cartas, pero al parecer la permitía⁹.

¿Pero, por qué nuestra opinión en relación a la importancia de la correspondencia en la existencia cotidiana de Carmen Arriagada?

Casi no existe carta de Carmen Arriagada a Rugendas durante los años 1836-1842 —excepto las muy breves— que no haga alguna referencia a que el correo no llegó, o se atrasó; a las dificultades para que la carta —burlando a Gutike— llegara hasta sus manos, a los nombres supuestos a que Rugendas debía escribir para lograr este último objetivo; a aspectos estilísticos u ortográficos de las misivas; a su extensión, etc.

Veamos esto con más detalle:

Ya el 21 de junio de 1836 Carmen Arriagada escribía a Rugendas: "mi querido amigo, muchas veces he tomado la resolución de escribirle para disculparme por no haberlo hecho por el otro correo (la anterior remesa) pero hasta hoy no he sido capaz". Y el 25 de junio del mismo año: "no podía jamás llegar una carta más apropiada que la suya, mi amable amigo. Hoy la he recibido cuando temía que Ud. quizá no me escribiese por no haber recibido carta mía en el correo pasado". El 10 de julio, le informa: "Como siempre, escribir a Ud. me proporciona un momento de placer" y el 22: "Si este correo no sale hoy, quizá mañana tendré lugar de escribir (...) algunas líneas más a Ud.". El 26 de septiembre: "Llegó el correo trayéndome su muy amable carta; deseosa estaba de que llegara, pues temía que Ud. no hubiera recibido mi carta y que pensase quizá, etc."

En enero de 1837: "Ya se fueron (algunos amigos), ya puedo entregarme a mi tristeza (!), ya puedo dedicar mis días a escribirle". En febrero del 37: "Cuántos largos y penosos días desde que pude escribirle han pasado, sin poder procurar este único placer a mi alma". Y

⁸ Ya nos hemos referido a la Marquesa de Montemayor, tipificación de un ser que vivía para la correspondencia, la que dictaba su ritmo de vida. Algo parecido, aunque en tono menor, ha de haberse dado en el caso de Carmen Arriagada. Ver Thornton Wilder, *El Puente de San Luiz Rey*, Zig-Zag, Santiago, 1944, pp. 14-43.

⁹ Lo que hace pensar que Gutike estaba tan cansado de Carmen como ella de él, aunque la amaba... y debía guardar su imagen como marido.

más adelante: "Si me escribe por el correo que sea bajo el nombre de Santos Gutiérrez o Matías Guzmán, ¡qué nombres!; ¡qué disimulo!". Y en marzo del mismo año: "Cuánto me ha costado la timidez que me hizo no echar mi carta al correo (...) yo sufría de antemano con la idea de tu inquietud por mi silencio. Te veía *esperar ansioso el día del correo*"¹⁰, en una posible proyección de su propia conducta.

El 5 de abril de 1837: "Con cuanta ansia, pero también con cuanto temor espero tu carta amigo mío (...). Mira amor mío, yo también si relejera mis cartas quedaría descontenta de mi estilo, no es nada elegante, me reprimo también, por no parecerte romanesca, exaltada, etc. (...). No supe hasta el domingo que había llegado el correo y ayer cuando mandé mis cartas ya la estafeta estaba cerrada", etc.

El 24 de abril de 1837: "Hoy llegó el correo tan deseado de mi corazón (...) figúrate si puedes mi desconsuelo cuando la criada volvió diciéndome que no había". Y más adelante en el mismo documento: "El modo que me indicas para nuestra correspondencia es bueno; sin duda que pasen por mano de R sin que él sepa nada de la persona que debe recibir la carta es muy seguro, porque ciertamente un timbre de un país lejano (Rugendas planeaba salir de Chile) haría caer en sospecha. Así pues como la carta debe venir sellada en Valparaíso no hay riesgo alguno".

El 26 de mayo de 1837: "Acaba de llegar el correo y llena de placer me siento a escribirte, a contestar tu cariñosa carta, tu amable carta".

El 19 de julio de 1837 "¿Cuándo llegará el correo, cuándo podrá mi amor alimentarse de las tiernas expresiones de tu amor?".

El 31 de julio de 1837: "Llegó el correo hoy, pero en vano, he mandado preguntar por cartas. Tres veces han buscado para los distintos nombres de Gutiérrez y Yévenes, en vano. La respuesta desconsoladora de 'no hay' me irrita y aflige a la vez", etc.

Y así prosigue Carmen. Comenta, relata su vida, expresa su amor, todo su mundillo social está en sus cartas; pequeño mundo, es cierto, como veremos. También da instrucciones a su amado alemán: "que tu primera carta sea dirigida a don Matías Sumaran (...) en tanto después vendrá para Santos Gutiérrez siendo la última a Cornelia" (23 de marzo de 1837). En fin, su existencia diaria parece haber girado en torno al correo que llegaba, que no llegaba, partía o no partía.

¹⁰ El subrayado es nuestro.

Por otra parte sus cartas son largas, ella misma lo reconoce muchas veces (por ejemplo, cartas del 23 de mayo de 1837, 12 de agosto de 1838, etc.), y están escritas por capítulos, en diferentes días y a diferentes horas. Hasta el punto que el conjunto de la correspondencia de Carmen Arriagada es casi un diario de vida. Por ejemplo, en la carta del 30 de marzo de 1839, después de tres páginas escribe: "Buenos días mi buen amigo, son las siete de la mañana y me pongo gustosa a continuar mi carta".

Carmen, por lo demás, estaba consciente de la importancia de la correspondencia en su vida diaria; el 25 de noviembre de 1839 escribía: "Con algunos remedios y la llegada del correo me he mejorado"; o (3 de enero de 1840): "La correspondencia con Ud. tiene (para mí) mil encantos, mil deliciosas emociones, nacen de las promesas de amistad que recibo de sus cartas. Tengo tanta necesidad de que me quieran". En fin, creo que no es exagerado afirmar que la correspondencia llenaba buena parte de sus días.

5) EL AMOR

Pero y el amor: ¿Era la correspondencia sólo un método de combatir el tedio? Por cierto que no, su contenido, el amor que expresaba (por lado y lado), lo hemos dicho, dio de nuevo un sentido a la vida de nuestra criolla. Pero este amor presentaba características bastante "sui generis", no todas atribuibles quizá al romanticismo de la época.

Vamos por partes. En primer lugar, amor existía sin duda alguna. Las declaraciones son constantes y efusivas: "Tú eres mi único amigo y no podría tener otro" (5 de abril de 1837). "Este amor me hace tan feliz" (26 de marzo de 1837). "¿Sin tu amor, sin ese amor sublime y noble qué sería yo?" (1º de noviembre de 1837). "Amor de mi vida único dueño de mi alma (...) mi único deseo es que el cielo me haga digna de ser tu amor" (28 de agosto de 1839), etc.

Pero la prueba definitiva del amor de Carmen por Rugendas nos la entregan sus cartas de 1842, cuando sabe que Rugendas ama y ha pedido la mano de Clarita Alvarez Condarco. Entonces ruge como leona herida. Se trata de documentos verdaderamente patéticos: "Amor, no hay amor en mi alma por ti. Este se disipó con la certidumbre de tu amor a otra —pero oye— si tú estuvieras presente me echaría en tus brazos y exhalaría el alma en ellos (...) no, no pueden existir dos amores en un alma, imposible, y es el mío el que salió de la tuya para hacer lugar al de Clara. ¡Ingrato! yo que consideraba un crimen acer-

carne a otro hombre". Y más adelante en la misma carta, sin fecha ¹¹ "¡Ella en tus brazos! y tú le juraste amor y me olvidaste hasta ofrecerle casarte con ella!... El 21 de agosto del 42, lo acusa "Ud. la ama, la ama como no amó Ud. jamás" (...) "pero no importa yo tengo alma para todo y aguantaré si aguantaré hasta que un día me den ganas de descansar"; y más adelante aún una declaración increíble en una chilena de 1842: "Rugendas, perdí la fe, ya no creo en Dios". Y efectivamente sucedía que con el fin de su amor a Carmen Arriagada se le había caído el mundo.

Amor fuerte, tormentoso... pero curioso. De partida mucho parece indicar que fue un amor blanco. No hubo sexo o muy poco. Carmen lo dice: "Nuestro amor no está manchado con nada criminal o vulgar. Es tu alma la que yo quiero en ti. Esa alma fogosa y noble, etc." ¹² y esta declaración se repite varias veces. Como también la referencia a "lo sagrado del vínculo" que la unía con Gutike.

¿Temor a Gutike? Carmen lo confiesa también con frecuencia; pero esto parece inconciliable con sus otras declaraciones, no menos frecuentes, en el sentido que Gutike leía todas sus cartas y por lo tanto su amor por Rugendas le era perfectamente conocido. ¿Conocía Gutike algo más que lo tranquilizaba?

¿Hacia vida sexual Carmen con Gutike? Es probable que ocasionalmente, y en ese caso ¿qué pensaba el enamorado Rugendas, quien, por lo demás, pasaba por amigo de Gutike? Toda la situación es rara entre una mujer treintona y un amante cuarentón.

Ahora bien, hay párrafos en cartas de Carmen Arriagada, que a pesar de sus protestas de pureza y espiritualidad, hacen sospechar la existencia de un amor más completo, o bien de un problema personal de Rugendas que lo impedía. En la carta que le escribiera a Rugendas después de su quinta visita le dice: "Oh noche de tormenta, noche en que estrechaba entre mis brazos a mi Moro, lloraba por el secreto que me ocultaba(?). Tormenta que me hacía, oprimida sobre su corazón amante, desear la muerte". Sea lo que haya sido, el lenguaje de Carmen Arriagada no es el del amor platónico.

Era además un amor un tanto artificialmente a distancia. Rugendas no parece haber tenido problemas para hacer más asiduas sus visitas al hogar de los Gutike cuyos caballos "siempre lo esperaban". En este caso la idea romántica de asociar amor y sufrimiento, "que sé amar para

¹¹ Posiblemente escrita en agosto o septiembre de 1842.

¹² Carta citada por Pinochet: *op. cit.*, p. 104.

sufrir" como escribía Carmen en carta del 14 de julio de 1838, es posible que explique en parte esta lejanía. Pero el hecho es que entre 1835 y 1842, años durante los cuales su amor pareció desenvolverse sin problema alguno, Rugendas y Carmen se vieron siete veces, y de estas sólo una por un período prolongado (siete meses) cuando *ella y su esposo* partieron a pasar una temporada a Valparaíso donde residía Rugendas.

Las visitas de Rugendas, primero a Linares y después a Talca, duraban dos o tres semanas y en varias de ellas se alojó en casa de Gutike donde el acercamiento sexual de los ¿amantes? se hacía evidentemente difícil.

También llama la atención —no se comprende en realidad— por qué Rugendas o Carmen no intentaron jamás cambiar esta situación. Si su amor hubiera sido una relación que buscara la plenitud esa habría sido la actitud esperable. Ambos se contentaban con un amor de "pololos", diríamos infantil y clandestino. Carmen incluso firmaba sus cartas a su... amante como "Carmen Gutike". Nada más lejano —por otra parte— que esta relación de lo que solían ser los amores románticos. Recordemos el caso de Byron o de George Sand.

Lo que parece claro es que ese amor respondía a una necesidad de la psiquis. Esto es evidente en el caso de ella y presumible en el de él. Ya hemos visto que desde niña Carmen Arriagada tuvo la necesidad de adorar a alguien "digno". Es justamente esa "necesidad" lo que hace comprensible un amor como el que describimos y tan prolongado. Así, consecuentemente, el 1º de noviembre de 1837 escribía "¿sin este amor sublime y noble qué sería yo?". El 9 de marzo de 1839, Carmen desliza otra frase que ayuda esta hipótesis: "pero así es esta imaginación mía, salta los espacios y anticipa las épocas" y en verdad su relación con Rugendas era fundamentalmente imaginativa.

En otras palabras, el amor de y a Rugendas, romántico, hipertrofiado, fuertemente imaginativo, daba sentido a la vida de Carmen Arriagada. ¿Pero, puede ser un "amor-necesidad" un verdadero amor? Ciertamente, ¿qué amor escapa al imperativo de llenar un vacío, de "dar sentido"? Sólo que en este caso ese rasgo de necesidad imperativa parece haber sido el determinante: Carmen Arriagada necesitaba del amor *por* Rugendas en mayor medida que el amor *de* Rugendas para vivir; y la correspondencia era la forma tangible, cotidiana, de descargar esa necesidad de su psiquis.

Amor-necesidad que le era vital existencialmente fue el de Carmen Arriagada. A lo que ya hemos citado en apoyo de este aserto se puede agregar una consideración que apunta en el mismo sentido: Carmen

Arriagada, ya adulta, no parece haber amado a nadie más. Ni amiga íntima, ni su hermana, ni algún niño, sobrino, ahijado, o hijo de una sirviente; tampoco a una servidora fiel ("mama" o empleada de confianza). Sus comentarios en relación a sus vínculos sociales son a veces amables y admirativos (como, por ejemplo, cuando se refiere a Carmen Cruzat de Parot), pero parece imposible encontrar en su larga correspondencia la manifestación de una expresión de amor o cariño profundo a alguien que no fuese Rugendas. La verdad es que, parodiando a lo que afirma Kafka en la carta a su padre, el mundo de Carmen Arriagada parece haberse dividido en tres bloques: Rugendas, ella y el resto de los hombres.

Ahora bien, quien ama espontánea y generosamente, suele amar también ampliamente a un espectro más o menos numeroso de personas, a las cuales entrega libremente su cariño. El que el suyo haya sido un amor-necesidad, con sus características ya vistas, está relacionado con el hecho de la concentración de su mundo amoroso sólo en Rugendas. La anomalía del amor-necesidad está en su hipertrofia excluyente como la de la relación que hemos visto.

Si observamos lo que era la vida de Carmen durante los años que nos preocupan, veremos el contexto explicativo de esta anomalía.

6) LA VIDA Y ENFERMEDADES DE CARMEN ARRIAGADA

Ya hemos visto que Carmen Arriagada no hacía nada... Lo afirmaba ella... pero exagera. Leía literatura, mucha de ésta romántica y enviada a Rugendas; estudiaba idiomas extranjeros y parece haberse mantenido enterada de lo que sucedía en política nacional e internacional. Por cierto que estas actividades no significaban un trabajo constante, metódico o duro. Pero recordemos que el ocio era típico de toda "señora" de la época. En verdad la labor de una oligarca chilena de la época, además de las ocupaciones domésticas, era criar una numerosa prole con el auxilio de un pequeño ejército de empleadas domésticas.

Como vimos, Carmen Arriagada no tenía hijos. Tampoco parece haber dedicado mucho tiempo a las manifestaciones de piedad religiosa, otra de las ocupaciones de muchas "señoras" de la época. Sus cartas muestran una fe poco activa y más bien tibia.

Hemos señalado que parece no haber amado sino a Rugendas, pero tampoco cultivaba fácilmente las relaciones sociales formales: "¿Ud. me pregunta cómo he podido llegar a este grado de soledad?", le escribe a Rugendas el 20 de febrero de 1838. La verdad era que tenía escasas

relaciones sociales y que no parecía desear un número mayor. Despreciaba a casi todo el mundo. A vía de ejemplo, veamos cómo describió a Blanco Encalada —el primer afrancesado de Chile— que con insistencia buscó su amistad (carta del 29 de mayo de 1839). La descripción es la siguiente: “es un solemne fatuo y majadero, todo en él es ostentación y vanidad”. Ahora bien, es sabido que Blanco Encalada era bastante tonto, ridículo y snob... Pero el rechazo de Carmen se daba también en relación a prácticamente toda la sociedad talquina de la época. “Ud. sabe que mis relaciones con las gentes del pueblo no son muy estrechas (...) en medio de Talca me encuentro como en el desierto” (febrero de 1838). Con ocasión de la fiesta del 18 de septiembre de 1839 confiesa: “fui por empeños de Gutike, no bailé y estuve envuelta en mi capa”. Pinochet hace presente esta característica de la personalidad de Carmen y así describe el comportamiento de ella en el verano de 1840. “En esos días disminuye su escasa vida social. Generalmente vaga sola por las playas de Constitución: ‘voy sola al mar en la mañana y si quiero hacer algún ejercicio, voy en la tarde, sola también’. No le interesa ver ahí la gente que frecuenta en Talca”¹³. Con todo, hasta 1843, mantuvo en su casa una pequeña tertulia, al parecer ocasional, la que después parece haber desaparecido. En su última carta a Rugendas (9 de junio de 1851), le escribe: “Donoso viene rara vez (...) Walton no viene casi nunca (...) Antúnez y los otros han formado su tertulia en otras partes”. No es extraño, pues, que le confiese a Rugendas en numerosas ocasiones su soledad. “Paso mi vida monótona y sola como siempre”, le cuenta en carta del 13 de enero de 1840; y esta confesión se repite varias veces en su larga correspondencia; a veces con mayor énfasis y mostrando rasgos ciertamente patológicos. “Hay muchos días y aun meses que no deseo nada, en que todo me es indiferente” (26 de enero de 1840). “Mi vida es muy triste (...) nadie me comprende” (11 de febrero de 1840). Y no se crea que está en un período de especial depresión. Toda su correspondencia está sembrada de frases semejantes, tanto que Rugendas parece haber sido su único ya no amor, sino relación importante, relación estorbada frecuentemente, no por Gutike, que evidentemente la toleraba, sino por sus constantes enfermedades.

En verdad el tema de su salud, mental y física, aparece en casi todas las misivas. Veamos algunos de sus comentarios: “No me ha sido posible(?) a escribirle estos días mi dulce amigo, sin estar gravemente

¹³ Pinochet, *op. cit.*, p. 118.

enferma siento una indisposición en mi cuerpo, efecto de los nervios" (23 de marzo de 1837); "mi cabeza está muy ofuscada" (30 de junio de 1838); "Siento lástima de mí misma" (19 de julio de 1838); "no es por filosofía que yo no espero nada del mundo; es de cansancio, es ya como indolencia, fatigada de esperar, me dejo ahora llevar del tiempo" (30 de agosto de 1838); "mi cabeza está tan cargada como la atmósfera, no soy capaz de expresar una idea" (16 de agosto de 1838); "ya estoy mejor, el ejercicio a caballo me ha hecho bien, ya no creo estar enferma" (29 de enero de 1838); "dolor de cabeza y fatiga" (28 de octubre de 1839); "mi salud está así, no me siento ni peor ni mejor, el dolor del lado lo siento siempre aunque no agudo, las sanguijuelas me hicieron bien, pero sólo pocos días" (10 de noviembre de 1840); "además de la cabeza que desde algún tiempo para acá es bastante estéril, estoy hoy peor que jamás" (27 de noviembre de 1840). "Las enfermedades siguen" (29 de octubre de 1840); "la estación no me favorece y la vida sedentaria que por mi principal enfermedad estoy obligada a seguir no lo (¿hace?) tampoco" (4 de enero de 1841); "mi humor no está siempre bueno, pero eso no depende de mi salud tampoco" (11 de febrero de 1841). "Hace seis días que tengo los ojos hechos un imposible, paso horas enteras con ellos tapados con paños" (26 de febrero de 1841); "mi salud no ha estado buena" (27 de abril de 1841). "El otro día hizo un sol de verano y así hasta hoy, que nortea y quizá lloverá, pero con todo no salgo, se me pasan semanas que no salgo sino una o dos veces a casa de Donoso; no tengo humor, no hay dónde pasear, además le temo al ejercicio" (11 de mayo de 1841); "el ruido del aguacero, y el más infernal que hacían tres o cuatro goteras que caían en mi dormitorio pusieron mi cabeza en estado de delirio, no pude dormir y la monotonía del ruido me dio fiebre" (27 de mayo de 1841); "mi pobre salud ha estado más mala en estas dos últimas semanas que muchos meses pasados" (18 de junio de 1841). Después (1843) escribía "Ya no tengo histéricos", etc. De lo anterior no es difícil deducir que Carmen Arriagada vivía una existencia azotada —real o imaginariamente— por innumerables males; que indudablemente era hipocondríaca y que, en todo caso, estaba en necesidad de algo o alguien en quien apoyarse y reconfortarse.

¿Consultó médicos Carmen Arriagada?, varias veces. El primero de ellos el padre de los Blest Gana; Carmen resumió su opinión así: dijo que "no tengo sino que extrema debilidad y los nervios en mucha agitación" (23 de marzo de 1837) ... Era la forma en que los médicos de la época diagnosticaban la neurosis.

Carmen vivía de su amor con Rugendas, era su ventana a la vida. Pero Rugendas dejó definitivamente Chile en febrero de 1845. ¿Qué sucedió con Carmen entonces? Siguió viviendo en Talca con Gutike y tenemos noticia fidedigna de ella hasta 1851, cuando escribió la ya mencionada última carta a Rugendas en que le habla de decaimiento físico e intelectual: "Ya, mi hermano querido, no soy la misma; he sufrido tanto, física y moralmente, que no sólo mi cuerpo se ha destruido, sino hasta mi inteligencia se ha menoscabado. No, en ningún sentido soy la misma". Ya hemos visto que también le informa de su soledad ahora casi absoluta.

Carmen Arriagada vivirá hasta el año 1900. Le quedaban en ese instante ¡49 años de vida! ¿Qué fue de ella? De nuevo nos encontramos con escasa información. Oscar Pinochet de la Barra, con los poquísimos testimonios que existen, nos indica claramente —dentro del profundo respeto y casi pudor que caracterizan su libro— que Carmen estaba gravemente perturbada mentalmente en esa segunda y más larga etapa de su vida. Cuenta que "Talca la vio recorrer calles y plazas con un misterioso aire de felicidad". Felicidad que —y aquí disintimos de Pinochet— no creemos que viniera de que vivía acompañada, en espíritu por cierto, de Rugendas (quien murió en 1856), sino de su situación mental, que para su suerte al parecer no iba acompañada de depresiones y angustias... como había sido el caso hasta 1850 o poco después.

En todo caso, Pinochet concluye (no se sabe a base de qué testimonios) que "pronto no sintió necesidad de seguir con los demás y se quedó fuera del tiempo".

CONCLUSIÓN

Creemos que es muy posible que el ambiente romántico, cuyos ecos llegaron a Chile desde el continente europeo, haya influido en Carmen Arriagada. Su abundantes lecturas de autores de esa corriente posiblemente le ayudaron —consciente o inconscientemente— a buscar la solución que buscó (la correspondencia con un amor lejano y más o menos platónico) para calmar su angustia vital. Pero no creemos equivocarnos al afirmar que esta solución no venía del romanticismo —un impulso cultural ajeno a Chile en definitiva— sino de su propia psiquis. El de Carmen Arriagada es un caso de correspondencia-necesidad.